

PEDRO ALONSO PÉREZ (COORDINADOR),
EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL DE 1968.
HISTORIA Y MEMORIA DESDE LA PERIFERIA
REGIONAL, MÉXICO, UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE TAMAULIPAS-COLOFÓN EDICIONES
ACADÉMICAS, 2021, 198 PP.
ISBN UAT: 978-607-8750-27-6
ISBN COLOFÓN: 978-607-635-203-8

Jesús Méndez Reyes

Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Autónoma de Baja California



El cincuentenario por la conmemoración de 1968 generó abundante literatura de carácter histórico en la capital de México y en las entidades federativas, al igual que ensayos y mesas de discusión. A las memorias y testimonios de quienes participaron en los movimientos sociales de aquellos años se han sumado blogs, cápsulas de radio, televisión y multimedia sustentadas en novedosas fuentes y repositorios públicos y privados que desconocíamos o a los que difícilmente teníamos acceso antes del año 2000.

A este menú de relatos se adosan temas conexos de la convulsa década 1960 caracterizada por la violencia ejercida por el Estado ante el fin del milagro mexicano y “la conjura” del comunismo; el incremento demográfico que facilitó la movilidad de los “jóvenes viajeros” por el mundo y su paso por las universidades con múltiples expresiones de crítica, disenso y contracultura. Asimismo, la política exterior mexicana, los

llamativos juegos olímpicos, las políticas de seguridad en plena Guerra Fría y la efervescencia estudiantil entre los meses de julio y octubre de 1968.¹

Bajo este tenor debemos mencionar que “los sucesos del 68” no ocurrieron exclusivamente en la Ciudad de México o dentro de sus instituciones educativas. Las movilizaciones de estudiantes, profesores y clases medias se organizaron a lo largo y ancho de la república por múltiples razones: desde el hartazgo político y la cerrazón del partido único (PRI), la democracia asfixiada por el poder unipersonal de Gustavo Díaz Ordaz —primero como secretario de Gobernación y luego como presidente de la república—, el aumento de precios y oferta insuficiente de bienes básicos e intermedios, hasta el desempleo y promesas incumplidas a médicos, ferrocarrileros y profesores en los años previos. Los medios de comunicación coadyuvaron a incendiar los ánimos con la difusión de manifestaciones de inconformidad y levantamientos en otros lugares del mundo: Francia, Checoslovaquia, Estados Unidos, Gran Bretaña, España y Sudamérica.

El movimiento estudiantil de 1968. Historia y memoria desde la periferia regional, es parte de aquel movimiento internacional que alcanzó a México y sus regiones: Michoacán, Puebla, Guerrero, Sinaloa, Chihuahua, Tamaulipas, entre otras entidades que vivieron su propio 68y posteriormente detonaron conflictos sindicales y estudiantiles en Nuevo León y Baja California. El libro recrea lo ocurrido en el noreste mexicano y recurre a relatos desde la memoria individual y colectiva imbricados en el contexto global, nacional y regional, este último un

¹Héctor JIMÉNEZ GUZMÁN, *El 68 y sus rutas de interpretación. Una historia sobre las historias del movimiento estudiantil mexicano*. (México: Fondo de Cultura Económica, 2018). Stephan SCHEUZGER, “La historia contemporánea de México y la historia global: reflexiones acerca de los ‘sesenta globales’”, *Historia Mexicana*, 68, 1 (julio-septiembre 2018) 313-358. <https://doi.org/10.24201/hm.v68i1.3644>. Ariel RODRÍGUEZ KURI, *Museo del Universo. Los juegos olímpicos y el movimiento estudiantil de 1968*. (México: El Colegio de México, 2019).

mejor vocablo o al menos diferente al de periferia que aparece en el título. Si nos ubicamos en la época, hablar de periferia suponía enfrentarnos con el centro o dirigirnos hacia él.

Las tesis de Raúl Prebisch y la CEPAL de mediados del siglo XX sugerían que centro-periferia facilitaba el análisis histórico estructural “donde desarrollo y subdesarrollo eran contemplados como un único proceso, pero con relaciones asimétricas que reproducen la disparidad entre sus estructuras productivas”² y, por tanto, la convergencia se tornaba difícil o de muy largo plazo. En cuanto al ámbito político, periferia remitía a gobiernos descerrajados alejados del primer mundo, con escasa democracia participativa e inequitativa distribución de los caudales del capitalismo.

Por esto llama la atención que el título de esta obra que reseñamos mencione periferia regional y que el primer término se repita en tres de los capítulos. ¿Qué hay de fondo? ¿Los estados norteños seguimos siendo provincias a la usanza novohispana y se acepta que la capital federal es el centro y por tanto buscamos ser como ellos? ¿Cómo entender entonces el movimiento del 68 a nivel nacional, uno de los aportes de esta publicación, si continúa en el imaginario y el discurso pensándose en clave menor “la provincia” versus la capital?

Entremos en materia. *El movimiento estudiantil de 1968. Historia y memoria desde la periferia regional* está dividido en nueve apartados incluidos anexos e imágenes que, aunque escasas en número, desvelan parte de lo ocurrido en aquellos años. La fotografía de la portada atrapa al lector al ver el avance de miembros de la Central Nacional de Estudiantes Democráticos (CNED), en la llamada Marcha por la Ruta de la Libertad, en febrero de 1968. La camaradería típica del momento perfila a los ocho personajes que avanzan entrelazados los brazos y contiguos uno del otro, infortunadamente en la imagen solo

² Pablo BUSTELO, *Teorías contemporáneas del Desarrollo Económico* (Madrid: Síntesis, 1999), 191-192.

observamos varones en la primera avanzada. Los marchistas pretendían llegar a Morelia, Michoacán, para exigir la libertad de un grupo de presos políticos.

Recuérdese que la CNED surgió en 1963 tras la intervención de la policía militar en la Universidad Michoacana que expulsó al rector Elí de Gortari y lanzó de las aulas a estudiantes y docentes para luego encarcelara los dirigentes Rafael Aguilar Talamantes, Efrén Capiz Villegas, Joel Caro Ruiz, Ramón Martínez Ocaranza y Sebastián Dimas y Quiroz. Por ese motivo la CNED se volvió “una alternativa para muchos estudiantes que apoyaban movimientos populares” provenientes principalmente de Baja California, Zacatecas, Veracruz, Chihuahua, Nuevo León y Chiapas.³

La fotografía se vincula al testimonio de Juan Manuel Posadas, que aparece en los anexos del libro, quien narra el trágico momento en que el ejército frenó la marcha de la CNED y detuvo a algunos participantes dispersando violentamente al resto en Valle de Santiago, Guanajuato.⁴ Se trataba de la antigua comunidad tarasca de Camémbaro, donde la luz de sus cráteres creó la leyenda de naves extraterrestres, un tema común en la prensa antes de la llegada del Apolo XI a la superficie lunar.

Pedro Alonso Pérez, el coordinador del libro, nos pilla en el primer capítulo con una amplia reflexión sobre la memoria colectiva, los lugares de ésta y la *historia del tiempo presente*. Las primeras líneas le permiten a Alonso Pérez cavilar alrededor del 68 y el olvido de los acontecimientos en Tamaulipas, concretamente en las ciudades de Tampico, Ciudad Victoria, El Mante y Matamoros. Describe que los participantes norteros sufrieron violencia, represión y desapariciones —al igual que

³ Gloria A. TIRADO VILLEGAS, *El 68 en Puebla y su Universidad, México* (México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla), 65-66.

⁴ Lucio Rangel HERNÁNDEZ LUCIO, *El virus rojo de la revolución. La guerrilla en México. El caso de la Liga Comunista 23 de septiembre, 1973-1981* (México: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo/ Sindicato de Profesores de la Universidad Michoacana, 2013), 194.

en otros lugares— y ubica en el candelero el caso del joven activista José Guadalupe Mayorga, sacado de su domicilio a la fuerza por un grupo de militares.⁵ El texto avanza adecuadamente hasta que de manera equívoca el autor vincula el triunfo electoral de julio de 2018 como herencia del movimiento estudiantil de 50 años atrás y que tal victoria se dio “en el contexto esperanzador de la cuarta transformación”.

Me parece que frases como esas muestran un desconocimiento de la historia e historiografía de quienes se enfrentaron al poder institucionalizado exigiendo sufragio libre y elecciones sin manipulación por lo menos desde 1929. Al igual que el nacimiento de alternativas políticas no gratas al grupo político hegemónico, como los trostkistas, los panistas, los henriquistas, los comunistas, los jaramillistas y la consiguiente persecución de los líderes opositores al oficialismo. En segundo lugar, desde mi punto de vista, la cuarta transformación es un varipinto sancocho de intereses, grupos y personajes con resabios del autoritarismo de Díaz Ordaz y Echeverría Álvarez, incluso varias de las caras visibles del movimiento fueron militantes del Partido Revolucionario Institucional (PRI) que con el tiempo han cambiado de ropaje, pero su corazón continúa anclado a aquellos tiempos de puntos de vista únicos y verticales.

Que el autor tome posición por A o B como postura política electoral es válido, pero el lector esperaría neutralidad y mayor exégesis académica en un texto de estas características. Creer que con “el nuevo gobierno de AMLO [sic] se abren posibilidades reales de castigar culpables y reparar daños” por la manzanita del 68⁶ es utópico, por decir lo menos. Botón de muestra de tal quimera es el último reporte del GIEI sobre los 43 de

⁵ Pedro ALONSO PÉREZ, “El Movimiento del 68: significados y representaciones. Memoria colectiva e historia del presente” en Pedro ALONSO PÉREZ (coord.), *El movimiento estudiantil de 1968. Historia y memoria desde la periferia regional* (México: Universidad Autónoma de Tamaulipas/Colofón Ediciones Académicas, 2021), 31.

⁶ *Ibíd.*, 41.

Ayotzinapa, una matanza reciente de la que no hay esclarecimientos ni culpables.

Recuérdese además que en el movimiento estudiantil del 68 no sólo participó la llamada izquierda. Hay evidencia profusa del protagonismo y contribución de organizaciones de otro signo político y hasta religioso, que parte de la memoria colectiva y la reivindicación de demandas sociales fraguadas posteriormente (1977, 1988, 1994, 2000).

El segundo capítulo del libro es de Héctor Manuel Capello, profesor de la UNAM en 1968, quien debió salir a París “en una especie de autoexilio” y cuyo análisis del movimiento estudiantil parte de su experiencia y propia concepción de la historia de México allende el Océano Atlántico. Señalo propia, porque Capello caracteriza la administración de Miguel Alemán como “el inicio de la clase capitalista criolla, de la industrialización y la sustracción cínica de los fondos del gobierno que inició la corrupción pública de altos vuelos”.⁷ Además, asevera que “la discusión libre de las corrientes de la filosofía crítica que planteaba el marxismo ortodoxo”, no dieron respuesta a la juventud francesa, como tampoco la dieron en otros lugares.

Según el escritor, fue la razón de que se hayan recibido con tanto ímpetu las ideas y propuestas de pensadores como Benjamin, Adorno, Horkheimer, Marcuse, Stojanovic y Cases, “críticos de las desviaciones soviéticas y la burocratización de los regímenes comunistas” y que explica el grito de los estudiantes del 68: “todos somos judíos y alemanes, como franco rechazo al racismo de muchos sectores de la población francesa”.⁸ El resto del capítulo compara el movimiento estudiantil de Ciudad de México con el de París por el tipo de demandas: la sexualidad “centro de expresión de la libertad en la nueva sociedad” y la

⁷ Héctor Manuel CAPELLO, “Impresiones, actitudes, recuerdos y nostalgias. Algunas reflexiones sobre 1968” en ALONSO PÉREZ (coord.), *El movimiento estudiantil de 1968*, 50.

⁸ *Ibíd.*, 53.

llegada de los socialistas que organizaron a la sociedad civil, —me parece que no fue así en el caso de México—. Capello termina el capítulo afirmando que actualmente han aparecido recetas y gobiernos populistas “como una varicela loca” que, sin mucha lógica ni planteamientos filosóficos y políticos serios, pretenden “curar toda dolencia política, económica y social”.⁹ En este caso sí le doy la razón.

Los dos capítulos siguientes abordan el noreste mexicano desde las entrañas del sector educativo y su relación con el poder público. La contribución de Óscar Flores engarza el movimiento juvenil de Nuevo León con los trabajadores y los jóvenes estudiantes del momento, con el proyecto oficial de universidad pública, la guerrilla urbana y el plan del gobernador Elizondo y un grupo de empresarios que buscaron desligarse de la propuesta educativa oficial, además de que el proyecto rebasara “el ámbito sexenal”.

Por su lado, Elías Orozco Salazar, protagonista del movimiento estudiantil popular de Ciudad Mante y preso político durante once años, se concentra en cómo y cuándo se fundaron la Escuela Preparatoria de El Mante y las Facultades de Agronomía, Derecho y Enfermería de los poblados tamaulipecos. El relato en primera persona reconstruye la desaparición de estudiantes locales a manos de las fuerzas policiacas y sugiere la hipótesis de que uno de los jóvenes fue levantado por los militares, más por la enemistad de Gustavo Díaz Ordaz con el gobernador de la entidad que por el liderazgo del desaparecido.

Volvamos a Monterrey, donde los acontecimientos que incrusta el autor entre 1969 y 1972 recuerdan la conciliación que buscó Luis Echeverría con los “nuevos partidos de izquierda”, pero también el enfrentamiento con los empresarios y el gobernador Eduardo A. Elizondo, quien propuso dar autonomía a la universidad, reformular su ley orgánica y posibilitar la

⁹ *Ibíd.*, 57.

creación de universidades privadas. El mayor aporte del capítulo —aunque no lo exprese así el autor— es abandonar el argumento de que el proyecto de universidad pública “nació como contraposición al proyecto echeverrista”. Inexacto, el proyecto surgió tiempo atrás al proponer financiamiento directo a las universidades, aumento de cuotas y becas-préstamo, examen de admisión como forma de seleccionar alumnos y dotar de recursos a proyectos de investigación “con impacto en el sector productivo y social”.¹⁰ Aquel proyecto terminó colisionando con “la ideología revolucionaria que profesaba el régimen”, impidió el ingreso de más estudiantes y generó el discurso populista de universidades subsidiadas “por el pueblo”.

Esto abrió la puerta a centros de estudios y universidades particulares que, junto con el Tecnológico de Monterrey, concentraron 49 por ciento de la matrícula universitaria en 1972. Al mismo tiempo, el ascenso del Partido Comunista Mexicano a la alta burocracia universitaria, la paridad en los consejos universitarios y juntas directivas, la Asamblea Popular de Gobierno como máxima autoridad de la Universidad Autónoma de Nuevo León¹¹ se replicaría en otros movimientos universitarios a fines de la década de 1970.

Otro de los capítulos del libro se intitula “Luchar mientras se estudia. El 68 y el movimiento estudiantil en la Normal Rural de Tamatán, Tamaulipas” escrito por Yessenia Flores, cuenta con fuentes documentales y un extenso aparato crítico que vincula el ámbito rural con los movimientos guerrilleros

¹⁰ Oscar FLORES TORRES, “El impacto del 68: Reformas educativas, movimiento universitario y guerrilla en Monterrey” en ALONSO PÉREZ (coord.), *El movimiento estudiantil de 1968*, 63.

¹¹ Para una explicación más amplia, magistralmente conectada con el halconazo de julio de 1971 y las actividades guerrilleras en Nuevo León véase Óscar FLORES, “Del movimiento universitario a la guerrilla. El caso de Monterrey (1968-1973) en Verónica OIKIÓN y Martha Eugenia GARCÍA (editoras), *Movimientos armados en México, siglo XX. Vol. II* (México: El Colegio de Michoacán/CIESAS, 2006), 461-494.

de esa órbita, como el de Lucio Cabañas en la sierra de Guerrero. El objetivo, sin embargo, es reconstruir el movimiento estudiantil del normalismo rural en la entidad, cuyos orígenes datan de la Escuela Regional Campesina de Tamatán de 1935 y renombrada como Escuela Normal Rural de Tamatán en la siguiente década.

El vínculo de estas normales rurales con los movimientos estudiantiles de la década de 1960 los encuentra la autora en la división de la organización estudiantil de la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México entre 1960 y 1964, cuando el grupo de Lucio Cabañas, delegado de la Normal de Ayotzinapa, se escindió del grupo de Antonio Valtierra representante de Salaires, Chihuahua. Lucio Cabañas dictó conferencia en Tamatán y realizó otras visitas a las Normales Rurales, influyendo de manera determinante en los liderazgos estudiantiles locales como el de Rafael Vázquez y Eleno Medina quien gestionó becas en la SEP y organizó huelgas entre los normalistas.

La autora del capítulo destaca que los normalistas rurales lograron incorporar sus demandas al movimiento estudiantil nacional, tales como modificaciones en el plano pedagógico y la mejora de las condiciones sociales y económicas en las rancharías y los ejidos. Debido a que el oficialismo caracterizaba a las normales rurales como “guaridas de comunistas”, sobre todo después del asalto al cuartel de Madera, Chihuahua, en septiembre de 1965, la SEP planteó la reestructuración de las normales y “desaparecer internados, becas en efectivo y aumentar un año al ciclo profesional”.¹²Hacia 1969, las 29 normales se desintegraron o se convirtieron en secundarias técnicas.

El resto del libro se compone de testimonios como el de Elías Orozco Salazar bajo el título “Mis experiencias como

¹² Yessenia FLORES, “Luchar mientras se estudia. El 68 y el movimiento estudiantil en la Normal Rural de Tamatán, Tamaulipas” en ALONSO PÉREZ (coord.), *El movimiento estudiantil de 1968*, 123.

universitario bajo el impacto del movimiento estudiantil popular de 1968”, el de Pablo Balboa Revilla “El movimiento estudiantil popular de 1968: testimonio de un brigadista”, “El ingreso al nivel superior y mi participación en el movimiento del 68” de Héctor F. Saldívar Garza, además de la reproducción en español e inglés de la entrevista a Héctor Manuel Capello que Jean Schelemmer publicó en *The New Society* en 1967.

Vale la pena leer de corrido este libro publicado por la Universidad Autónoma de Tamaulipas y Colofón Ediciones Académicas, con lenguaje sobrio, asequible y que contribuye a dar sentido al movimiento estudiantil del 68 para todo el país. Aquí vuelvo a mi queja inicial por el uso del sustantivo periferia, que si bien es la parte de un conjunto alejada de su centro, la frase expele ese sentir muy capitalino de que *más allá de México todo es Cuautitlán*. Pareciera ser que en el imaginario de los defeños o de quienes estudiaron ahí, la periferia —más bien las regiones— tienen poco que aportar a la historia nacional y al 68 mexicano.

Como bien demuestra este libro, lo ocurrido en otras comarcas del país no fueron intrascendentes escaramuzas carentes de protagonistas. Por el contrario, cada apartado completa el puzle de aquellos años conflictivos y reconstruyen la historia y la memoria de quienes experimentaron la represión, la angustia y la esperanza fracturada de cambios inmediatos. Quienes vivimos en las penínsulas, el septentrión o el sur profundo de México estamos obligados a publicitar nuestros trabajos para que “el centro” nos conozca mejor, nos escuche, lea y reconozca los aportes de las regiones en los procesos sociales, económicos y políticos, como lo expone esta obra.